

José Ignacio Tellechea: el sacerdote, el historiador

Conocí a José Ignacio hace ya más de 40 años, cuando pronunció algunas conferencias sobre Juan XXIII (e incluso escribió unas notas sobre él¹), a quien había acompañado en su visita a Santiago de Compostela cuando aún era el cardenal Roncalli. El respeto sacerdotal que despertaba el conferenciante así como la elegancia del discurso fueron las notas que quedaron grabadas en mi recuerdo. Posteriormente, cuando preparaba mi tesis doctoral, a comienzos de los 70, y acudía habitualmente al Archivo de la Diputación de Guipúzcoa, volví a coincidir con él, quien participaba en las tertulias que a menudo tenían lugar en la última planta del edificio. Y allí comencé a conocer a Tellechea, al sacerdote y al historiador.

Del primero, siempre me llamó la atención su respeto a la Iglesia, sus principios siempre manifestados sin alarde, pero sobre todo su fervor. Del segundo, del historiador, es obvio que su trabajo fue intenso. Ahí está su larguísima producción bibliográfica². Pero, había algo que destacaba en su labor y era, ese sentido inquisitorial de las fuentes que ha convertido su obra en una producción rigurosa, por encima de otras consideraciones. Además, como historiador, José Ignacio tuvo varias virtudes: capacidad de trabajo, olfato para llegar al documento adecuado y al dato preciso, paciencia, una inteligencia más allá de lo corriente, así como una preparación magnífica, lo que hoy denominaríamos el *background*. Con estas herramientas, el sacerdote historiador fue capaz de publicar más de 700 trabajos.

1. 1964, "Juan XXIII por dentro" en *Surge*, Vitoria, pp. 348-54, 389-94 y 439-46.

2. Joseba Goñi Galarraga ha publicado recientemente la relación de trabajos, a la que remito al lector. "Elenco bibliográfico-cronológico de D. José Ignacio Tellechea Idígoras", *San Sebastián, Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, LXIV, 1, año 2008, pp. 43-92.

Hace unos días se ha presentado *José Ignacio Tellechea Idígoras. In Memoriam*³, en donde se destaca su figura desde diferentes puntos de vista. Es por ello por lo que en este recuerdo al personaje, voy a tratar de analizar su obra como sacerdote. O dicho de otro modo, los temas que José Ignacio trató, como sacerdote que era, desde una perspectiva histórica.

1. LOS TEMAS Y LOS PERSONAJES QUE DESTACAN EN LA OBRA DE TELLECHEA

Hay sobre todo cuatro temas, o cuatro figuras que ocuparon una larga parte de la investigación de Tellechea: Fray Bartolomé Carranza, el jesuita Larramendi, San Ignacio de Loyola y, en 2006, San Francisco Javier, aunque no era el primer trabajo sobre el santo navarro. El primero, Carranza, ocupó una gran parte de su vida investigadora. El estudio sobre el Padre Larramendi, guipuzcoano, supuso un tributo a su patria chica. La obra sobre San Ignacio fue y es su libro más difundido. Por fin, lo que le impulsó a escribir un libro sobre Francisco de Javier, fue una promesa secreta que hizo al santo y un compromiso con un amigo. Ahora bien, difícilmente hubiera podido abordar unos y otros trabajos sobre estos personajes, todos ellos religiosos, sin contar con una preparación teológica, como la que él tenía.

2. BARTOLOMÉ CARRANZA

Las primeras publicaciones de Tellechea comenzaron en 1949, cuando aún no había llegado el momento de Carranza. Sus epígrafes lo dicen todo: *Semblanza sacerdotal* (1949); *Biblia y Liturgia* (1950); *La actuación sacerdotal*, tema de una pastoral (1950); *Liturgia misionera* (1950); *Boletín de Ejercicios Espirituales* (1951); *La vida de Cristo* (1951); *En torno a la Santa Misa* (1951); *Ideal sacerdotal: Teresa de Ávila y Teresa de Lisieux* (1951); *La fraternidad sacerdotal de Amigos de Jesús* (1952); *Dos grandes obras teológicas: El Diccionario Teológico del N.T. y el Lexikon Athanasianum* (1952); *La cura pastoral de los emigrantes* (1953), etc.⁴. En todas o en casi todas ellas, su autor era aquel seminarista que se preparaba para ser sacerdote, profundamente fervoroso y con una pluma ágil, que ya destacaba a través de la escritura.

Sin embargo, el 6 de marzo de 1952, fue un “día crucial en la vida”⁵ de José Ignacio, cuando en la Biblioteca Vallicelliana de Roma, encontró el inven-

3. *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, LXIV, 2, año 2008, número extraordinario dedicado a José Ignacio Tellechea Idígoras.

4. Me remito al artículo de Goñi Galarraga (2008), pp. 45-6, en donde se indica con todo detalle las revistas donde están publicados cada uno de los artículos mencionados.

5. Fernando Pérez Olló (2008): “A punta seca”, en José Ignacio Tellechea Idígoras. *In Memoriam*, *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, LXIV, 2, año 2008, número extraordinario, p. 516.



Plantando un árbol con Agustín Vaughan, futuro obispo auxiliar de New York (Ituren, 1953).

tario que contenía las obras de Carranza. Se hallaba entonces Tellechea en Roma, realizando su doctorado en Teología, tras haberse ordenado sacerdote en junio de 1951. Obtuvo el título con medalla de oro, pero el tema de su tesis fue la obra de Juan de Maldonado⁶. Quien conoció entonces a Tellechea dice que también hubiera querido obtener su segundo doctorado en Historia de la Iglesia, teniendo como objetivo de investigación la figura de Carranza. Pero no pudo evitar los inconvenientes que encontró para que le dirigieran la tesis, habida cuenta de la polémica figura del dominico, víctima de la Inquisición y de Felipe II. Sin embargo, la figura de Carranza no se apartó de su interés investigador. En 1954, publicaba su primer trabajo referido al personaje, “El dominio y uso de los bienes eclesiásticos según Bartolomé Carranza”⁷.

6. En 1958, J.I. Tellechea publicaba *La Inmaculada Concepción en la controversia del P. Maldonado con la Sorbona*, Vitoria, *Vitoriensia*, 7. En 1961, José Ignacio Tellechea colaboraba en el *Lexikon für Theologie und Kirche* VI, Freiburg, 1961, p. 1326, con la entrada biográfica de Maldonado, Juan. Con una abundante producción escrita, Maldonado fue un consumado latinista, además de profesor de latín de la esposa de Carlos V, la reina doña Leonor.

7. Salamanca, *Revista Española de Derecho Canónico*, nº 9, pp. 725-78.

A partir de entonces, la figura de Carranza, su vida y su obra cautivaron a Tellechea. Repasando el catálogo de sus trabajos, llama la atención el elevado número de los dedicados a Carranza, su doctrina y su tiempo. Son más de un centenar de publicaciones que tratan de forma directa o indirecta, sobre aquel fraile navarro (nacido en Miranda de Arga, en 1503 y muerto en Roma, en 1576), dominico, teólogo y arzobispo, y también sometido al juicio de la Inquisición y del propio Felipe II. Esta abundancia de publicaciones sobre Carranza llama aún más la atención si se compara con las pocas que dedicó a la figura central de su tesis doctoral: Juan de Maldonado⁸.

A medida que Tellechea fue profundizando en las fuentes, la producción escrita se fue multiplicando. Tras su primer trabajo sobre Carranza de 1954, en 1956, salía a la luz su segundo artículo, "El formulario de visita pastoral de Bartolomé de Carranza"⁹. Dos años más tarde eran cinco los trabajos que salían de su pluma, dedicados también al dominico navarro. Además, si interesantes eran los artículos y las fuentes utilizadas, tanto más era la perspectiva de la época que iba aportando. De tal manera se hizo familiar para José Ignacio la época que le tocó a Carranza que, en sus publicaciones fueron desfilando personajes e instituciones, hechos y costumbres de la Iglesia del XVI, y de la España, también de entonces. En sus numerosos escritos, José Ignacio fue aportando lo mejor del teólogo, de aquel que se había doctorado en Roma; y también del historiador, del que por concurso lograría la cátedra de Historia de la Iglesia de la Universidad Pontificia de Salamanca¹⁰.

Resulta difícil resumir la obra de Tellechea referida a Carranza, por el universo de aspectos que abarcó. Por eso, en las líneas siguientes destacaremos algunos escritos vistos desde la óptica del teólogo que fue Tellechea, y del historiador, que también lo fue. No ignoramos sin embargo, que en esta clasificación cometeremos errores, ya que uno y otro aspecto se entremezclan frecuentemente, a veces, con la misma agilidad de pluma que caracterizó a José Ignacio. Un ejemplo de esta conexión entre uno y otro aspecto, nos ha obligado a incluir un epígrafe sobre Historia de la Iglesia, en donde Tellechea fue un gran maestro, y en donde sus dotes como teólogo e historiador, encontraron un lugar adecuado.

8. No obstante, no hay que olvidar el libro que publicó en 1958, *La Inmaculada Concepción en la controversia del P. Maldonado con la Sorbona*, Vitoria, Victoriensia.

9. Roma, *Anthologica Annua*, nº 4, pp. 385-437.

10. En junio de 1951, José Ignacio Tellechea se ordenó sacerdote. Después de cuatro meses se trasladó a Roma para realizar su doctorado en Teología. Vuelto a España, en 1956, se incorporó como profesor en el Seminario de San Sebastián y en el Hispano-Americano de Madrid. Diez años más tarde, habiendo quedado vacante la cátedra de Historia de la Iglesia de la Pontificia de Salamanca, obtuvo la plaza por concurso. Allí impartió sus clases hasta su jubilación. Pérez Ollo (2008), p. 516.

2.1. La obra de Carranza vista por el teólogo

Con un buen bagaje teológico, José Ignacio pudo acometer el estudio de la vida y doctrina del dominico, teólogo y arzobispo, que tuvo que soportar los ataques de sus propios compañeros y de la más alta institución de la “ortodoxia” de su tiempo.

De la vida de Carranza en sus distintas dimensiones, Tellechea nos dejó numerosos testimonios. Un primer acercamiento al personaje, al hombre, quedó plasmado en el Discurso inaugural del curso académico del Seminario, de 1958, con *Bartolomé Carranza, Arzobispo. Un prelado evangélico en la silla de Toledo*. También artículos como “La biblioteca del Arzobispo Carranza”¹¹, de 1963; “Perfil americanista de fray Bartolomé Carranza”¹², de 1966, o el titulado “Apuntes sobre la familia del Arzobispo Carranza. Parientes y criados”, de 1975, nos acercan a su persona, a su actividad como prelado y a su entorno familiar.

Por su parte, la figura del dominico y teólogo, fue estudiada por Tellechea de forma exhaustiva y profunda. Artículos como “Un voto de fray Bartolomé Carranza sobre el sacrificio de la Misa en el Concilio de Trento”¹³, de 1958; “Ideario ascético-pastoral de Bartolomé Carranza. Estudio doctrinal de una obra inédita”¹⁴, de 1963; o “Bartolomé Carranza y la restauración católica inglesa (1554-1557)”¹⁵, publicado en 1964, son una buena muestra de ello. También, en “Dos escritos ascéticos de Bartolomé Carranza. Comentario espiritual a los Salmos 122 y 141”¹⁶, de 1968, volvía a destacar la doctrina del dominico.

Fueron además varias las publicaciones dedicadas al Catecismo de Carranza, que sólo desde el conocimiento de la doctrina cristiana y desde la formación en Teología de Tellechea, podían ser tratados con rigor. En 1959, publicaba “Los “Comentarios sobre el Catechismo Christiano” de Bartolomé Carranza”¹⁷; y en 1972, volvía sobre el tema, dedicándole dos magníficos tomos, tanto por el tamaño, pero sobre todo por el contenido, bajo el título *Bartolomé Carranza. Comentarios sobre el Catechismo Christiano*¹⁸. Por

11. Publicado en *Hispania Sacra*, 16, pp. 459-99.

12. *Actas del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*, III, pp. 691-9.

13. Publicado en 1958, *Scriptorium Victoriense*, Vitoria, pp. 96-146.

14. Publicado en 1963, *Corrientes espirituales en la España del siglo XVI*, Barcelona, pp. 203-45.

15. 1964, *Anthologica Annua*, Roma, nº 12, pp. 159-282.

16. 1968, *Archivio Italiano per la Storia Della pietá*, 5, pp. 383-408.

17. 1959, *Bulletin Hispanique*, 61, pp. 273-87.

18. Madrid, ed. Crítica BAC Maior.

añadidura, en 1976, Tellechea sacaba a la luz una edición facsímil de los *Comentarios*, con un amplio estudio preliminar¹⁹.

Los principios expuestos por Carranza fueron motivo de sospecha de herejía y sometidos al juicio de la Inquisición. Los ataques y denuncias partieron primero, de sus propios compañeros, sobre todo de Melchor Cano y Domingo de Soto. Conocedor como pocos de la obra de Carranza y de sus reflexiones y fundamentos teológicos, Tellechea escribió, entre otros, dos artículos en los que sintetizó aquellas acusaciones que sufrió el navarro, tanto de Cano, quien había examinado el *Catecismo* por encargo del inquisidor Valdés (“Melchor Cano y Bartolomé Carranza. Dos dominicos frente a frente”²⁰, de 1962) como de Soto, obligado a realizar la misma tarea (“Domingo de Soto y Bartolomé Carranza”²¹, de 1960). También en la misma línea, fueron otros dos los artículos dedicados a analizar las críticas vertidas por Fray Juan de la Peña, quien asimismo censuró las proposiciones de Carranza²².

Estos escritos fueron el preámbulo de la gran obra que emprendió sobre Carranza, primero documental y después, en forma de compendio. Así, en 1962, publicaba un primer volumen de fuentes, *Fray Bartolomé Carranza. Documentos históricos. Recusación del Inquisidor general Valdés*²³. Ese mismo año sacaba a la luz, el segundo volumen (1ª parte) de *Documentos históricos*, en donde recogía las testificaciones de cargo²⁴. Un año más tarde, en 1963, salía la segunda parte²⁵. El tercer volumen sobre *Documentos históricos* se publicaba en 1965. En él se recogían las testificaciones de abonos, indirectas y tachas del proceso carranciano²⁶. Por fin, en 1968, Tellechea daba un paso más en sus averiguaciones con *El Arzobispo Carranza y su tiempo*²⁷.

19. *Bartolomé Carranza de Miranda. Comentarios sobre el Catechismo Christiano*. Madrid, Edición facsímil, a cargo de J.I. Tellechea, y estudio preliminar, pp. i-xxiv. La obra original, bajo el título *Comentarios del reverendissimo señor frai Bartholome Carrança de Miranda, arzobispo de Toledo, & sobre el Catethismo Christiano*, publicado en Anvers, en 1558, estaba dedicada al rey de España, Felipe II, que poco después permitiría que la Inquisición le procesara por sospechoso de herejía.

20. 1962, *Hispania Sacra*, 15, pp. 5-93.

21. Publicado en *Hispania Sacra*, 13, pp. 423-42.

22. Se trata de “Censura de fray Juan de la Peña sobre proposiciones de Carranza”, *Anthologica Annuæ*, 10, año 1962, pp. 399-449, y “Fray Juan de la Peña, autor de la censura inédita del “Audi, filia” de 1556. Su influjo en el texto corregido por el Beato Juan de Ávila [Apéndice a la edición de “Avisos y reglas cristianas sobre aquel verso de David, de Juan de Ávila], por L. Sala Balust”, en *Espirituales españoles*, 10, Barcelona, año 1963, pp. 309-20.

23. Bajo este título publicó el primer y segundo (1ª parte) volumen, en 1962, en *Archivo documental español*, 18, XXXVIII; y otro tomo correspondiente al segundo volumen (2ª parte), en 1963. Dos años después, en 1965, salía a la luz el volumen III.

24. *Fray Bartolomé Carranza. Documentos históricos. II, 1. Testificaciones de cargo*, Madrid, *Archivo documental español*, 19, XXVIII.

25. También publicado en Madrid, *Archivo documental español*, 19, XII, pp. 495-1.032.

26. *Fray Bartolomé de Carranza. Documentos históricos. III. Testificaciones de abonos, indirectas y tachas*, Madrid, *Archivo documental español*, 22, LVI.

27. J.I. Tellechea (1968): *El Arzobispo Carranza y su tiempo*, Madrid, 2 volúmenes.

Pero la labor documental de José Ignacio no terminaba ahí. Fiel a las fuentes, en 1975, publicaba un cuarto volumen de *Documentos históricos*, dedicado a las Audiencias (1561-1562)²⁸. En 1976, sería el quinto volumen el que completaría la documentación de las Audiencias, entre 1562-63²⁹. De esta forma parecía finalizada aquella colección. Pero, no paró ahí la búsqueda de nuevas fuentes para añadir aún más información. En 2008, año de su fallecimiento, dejaba preparado para su publicación, el volumen VIII de *Documentos históricos*³⁰.

El seguimiento de los procesos inquisitoriales contra Carranza, dieron a José Ignacio Tellechea el conocimiento para escribir otros tantos artículos como “La censura inquisitorial de Biblias de 1554”, (1962), o “Biblias publicadas fuera de España secuestradas por la Inquisición de Sevilla en 1552” (1962).

2.2. La época de Carranza vista por el historiador

Con la perspicacia del buen historiador, José Ignacio Tellechea supo situar y comprender la figura de Carranza dentro de su tiempo, y supo interpretar aquella época a través de los personajes y acontecimientos que desfilaron en sus investigaciones. El Renacimiento, los emperadores Carlos V y Felipe II, y otros personajes, junto con la Reforma, el Concilio de Trento o la Inquisición, fueron temas tratados por Tellechea. Baste con recordar algunos de sus escritos como: “Carlos V y Bartolomé Carranza” (1958)³¹; “Bartolomé Las Casas y Bartolomé Carranza. Una página amistosa olvidada” (1959)³²; “Juristas y Renacimiento” (1960)³³; “La création de l'Université d'Alcala et sa signification dans la Renaissance espagnole” (1963)³⁴; “La renuncia de Carlos V y la elección de Fernando de Austria” (1960)³⁵; “Un percance inquisitorial desconocido (1561). Los jesuitas y la Real Pragmática de Felipe II en 1559” (1965)³⁶; “Felipe II y el Inquisidor general D. Fernando

28. J.I. Tellechea (1975): *Fray Bartolomé Carranza. Documentos históricos, IV. Audiencias, I, (1561-1562)*, Madrid, *Archivo documental español*, 30, XLVI.

29. J.I. Tellechea (1976): *Fray Bartolomé Carranza. Documentos históricos, IV. Audiencias, II, (1562-1563)*, Madrid, *Archivo documental español*, 30,2, LIV.

30. El 8 de marzo de 2008, falleció J.I. Tellechea. Sin embargo, había dejado preparado un nuevo volumen, *Fray Bartolomé Carranza. Documentos históricos, VIII. Audiencias (1563-1564)*, para ser publicado en *Archivo documental español*, de la Real Academia de la Historia.

31. Pamplona, *Príncipe de Viana*, 19, pp. 33-82.

32. Vitoria, *Scriptorium Victoriense*, 6, pp. 7-34.

33. Salamanca, *Revista española de Derecho Canónico*, 15, pp. 791-5.

34. *Pédagogues et juristes. Congrès du Centre d'Études Supérieures de la Renaissance*, Tours, 1960, pub. 1963, pp. 137-47.

35. Vitoria, *Scriptorium Victoriense*, 7, pp. 7-78 y 207-83.

36. Publicado en *Archivum historicum Societatis Iesu*, 34, pp. 79-85.

Valdés” (1969)³⁷; “Bartolomé Carranza en Flandes. El clima religioso-político en los Países Bajos en 1557-58” (1964)³⁸, y unos años más tarde, en 1975, la publicación de otro artículo titulado “Inglaterra, Flandes y España (1557-1559) en cartas inéditas de Carranza y otros”³⁹.

Con estos y otros trabajos, Tellechea nos permitió asomarnos a la época de Carranza; en ocasiones, a través de la propia visión de Carranza, y en otras, por medio de los hechos y manifestaciones de distintos personajes, e incluso, del propio historiador, aunque siempre dentro del respeto a las fuentes originales.

2.3. Tellechea, historiador de la Iglesia

Pero quizá, una de las facetas que mejor cultivó Tellechea y en donde se sintió muy cómodo fue como historiador de la Iglesia. En este campo pudo compendiar su saber histórico y de la propia institución eclesial. No en vano, la investigación sobre Carranza y su época proporcionó a José Ignacio Tellechea una atalaya desde donde examinar, contrastar, comprender y valorar los acontecimientos del siglo XVI, de reforma y contrarreforma, siempre bajo la mirada atenta y frecuentemente acusatoria de la Inquisición.

Resultaría tedioso al profano, la lectura de la larga lista de publicaciones que escribió desde distintos ángulos, referidas a esta parcela de la historia. Sin embargo, no puedo evitar recordar algunos títulos, para hacer justicia, cuando menos en una pequeña parte, a su trabajo. Tellechea enseñó y cultivó la Historia de la Iglesia, no como un aficionado, sino como profundo conocedor de las fuentes originales, a las que siempre acudió.

Refiriéndonos al siglo XVI, fueron sobre todo tres los campos en los que trabajó José Ignacio: la Inquisición, el Concilio de Trento y la Reforma y contrarreforma, todos ellos íntimamente relacionados. Por lo que respecta al primero, ya en fecha tan temprana como 1958, destaca “Una letanía de Santa Teresa prohibida por la Inquisición”⁴⁰, quizá un tanto colateral, pero que ya ponía de manifiesto sus conocimientos sobre aquella institución. “Dos documentos para la historia de la Inquisición española en el siglo XVI. La institución y las personas”, (1962)⁴¹, ofrecía un marco preciso de su funcionamiento. La Inquisición estaría otra vez presente en “Los amigos de Carranza fautores de herejes. Una actuación del Inquisidor general D.

37. Salamanca, *Salmanticensis*, 16, pp. 329-64.

38. *Festschrift für Hubert Jedin II*, Münster, W., pp. 317-43.

39. Vitoria, *Miscelánea José Zunzunegui, 1911-1974*, pp. 375-421.

40. *Ephemerides Carmeliticae*, Roma, pp. 458-66.

41. Salamanca, *Revista española de Derecho Canónico*, año 1962, 17, pp. 525-44.

Fernando de Valdés” (1968)⁴²; “El proceso del Arzobispo Carranza por la Inquisición” (1970)⁴³; “Médicos e inquisición. Dictámenes sobre el Arzobispo Carranza y otros procesados de Valladolid (1559-1562)” (1973)⁴⁴, y también, en *Tiempos recios. Inquisición y heterodoxias*⁴⁵. En 1984, en su participación en el congreso sobre Historia de la Inquisición en España y América, volvía con nuevos datos desde su conocimiento sobre Carranza⁴⁶.

Del Concilio de Trento dejó varios trabajos muy diferentes, por lo que su lectura resulta atrayente, incluso para el profano. Como no podía ser menos, uno de sus primeros artículos fue “Un voto de fray Bartolomé Carranza sobre el sacrificio de la Misa en el Concilio de Trento” (1958)⁴⁷. Luego siguieron otros, como el dedicado primero a los obispos italianos en el Concilio de Trento⁴⁸ y publicado en 1960, y también a los obispos titulares (1964)⁴⁹. Asimismo, otros textos relacionados con Trento, aportaban fuentes documentales, siempre desde la visión crítica del autor, como “Cartas y documentos tridentinos” (1963)⁵⁰. De nuevo, en 1970, volvía Carranza a estar presente en Trento, en el artículo “Fray Bartolomé Carranza en el Concilio de Trento. Cuatro sermones inéditos”⁵¹.

Siguiendo con Trento, pero analizadas sus consecuencias dentro de la historia local, publicó dos trabajos sobre la reforma tridentina en San Sebastián⁵², que posteriormente fueron recopilados en un libro, *La Reforma tridentina en San Sebastián. El libro de Mandatos de visita, de la parroquia de San Vicente (1540-1670)*⁵³.

42. *Simposio sobre Valdés*, Actas del, Oviedo, diciembre de 1968, pp. 157-81.

43. *Historia y vida*, 3, pp. 10-25.

44. *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 12, pp. 467-83.

45. Salamanca, 1977. Prólogo de Marcel Bataillon.

46. “El proceso de Carranza y la Inquisición española”, J. Pérez Villanueva y B. Escandell Bonet (dirs), *Historia de la Inquisición en España y América*, Madrid, Actas de, pp. 556-99.

47. Vitoria, *Scriptorium Victoriense*, 8, pp. 96-146.

48. Salamanca, *Revista española de Derecho Canónico*, año 1960, 15, pp. 675-84.

49. Nos referimos al artículo “El Concilio de Trento y los obispos titulares”, en J. López Ortiz y J. Blázquez (dirs) *El Colegio episcopal*, Madrid, pp. 359-85.

50. *Hispania Sacra*, 16, pp. 191-248.

51. *Annuaire Historiae Conciliorum*, 2. *Internationale Zeitschrift für Konziliengeschichtsforschung*, pp. 135-75.

52. Nos referimos a “La Reforma tridentina en San Sebastián, publicada en dos números del *Boletín de estudios históricos sobre San Sebastián*, Grupo Doctor Camino de Historia donostiarra, años 1969 y 1970, números 3 y 4, pp. 63-164 y 71-187 respectivamente.

53. 1970, Monografías 1, San Sebastián, *Grupo Doctor Camino*, LXXXIII. Un año más tarde se publicaba la segunda edición ampliada.



Ante Juan XXIII con sus padres y hermana (1962).

Años más tarde, en 1979, escribía un trabajo, con motivo de la celebración de unas jornadas sobre el Concilio de Trento y la estrategia de la política europea del momento, bajo el título “Filippo II e il Concilio di Trento”⁵⁴.

Como no podía ser menos, el tema de la Reforma de la que fue testigo Carranza, también ocupó a José Ignacio Tellechea. De su pluma salieron trabajos que trataron tanto de la Reforma, como de las distintas corrientes heréticas o desviacionistas de aquel convulso siglo XVI. El protestantismo, luteranismo bayanismo, o incluso el propio quietismo y el molinosismo o molinismo, fueron temas que interesaron a Tellechea. No le faltaban al teólogo e historiador recursos para ello.

Su primer estudio monográfico sobre la Reforma lo publicó en Roma, en 1963, bajo el título *El Obispo ideal en el siglo de la Reforma*. Ese mismo año escribía un breve artículo sobre el bayanismo⁵⁵. En este caso, el movimiento del teólogo belga Miguel de Bayo, era estudiado desde la óptica de unos

54. *Actas de Il Concilio di Trento come crocevia Della politica europea*, Bologna, *Annali dell'Istituto Italo-germanico*, 4, pp. 109-35.

55. “Españoles en Lovaina en 1551-1558. Primeras noticias sobre el bayanismo”, *Revista española de Teología*, nº 23, pp. 21-45.

españoles en Lovaina. En 1971, sacaba a la luz “La reacción española ante el luteranismo”⁵⁶. En 1973, completaba el anterior con “Reacción antiluterana en España. Dos cartas de Carlos V desde Worms”⁵⁷; y aún, en 1982, dedicaba un extenso artículo al protestantismo castellano del siglo XVI⁵⁸. También dio a la imprenta trabajos sobre el quietismo en Italia⁵⁹ y en España⁶⁰.

La iglesia inglesa durante la época del Cardenal Pole, coetáneo de Enrique VIII, etapa difícil para quienes no aprobaron las decisiones del monarca, fue otro foco de interés de Tellechea. En 1966, publicaba un artículo sobre Pole y Paulo IV⁶¹. Ambos personajes eran para el autor, habituales conocidos en sus pesquisas archivísticas. El primero había sufrido en su propia familia la persecución del Enrique VIII⁶². Luchó, apoyado también por Carranza, por el mantenimiento de Inglaterra bajo las directrices religiosas de Roma. Y como Carranza, Pole también fue acusado de sospechoso de herejía, él, que había perseguido a tantos herejes en Inglaterra. El segundo, Paulo IV, ocupó la silla de Pedro entre 1555 y 1559. Durante su mandato se distinguió por su severidad contra la herejía, presidiendo con frecuencia las reuniones del tribunal de la Inquisición. Un año más tarde, en 1967, Pole volvía a estar presente en un artículo de Tellechea, “Denuncia de los cardenales Contarini, Pole y Morone por el cardenal Francisco de Mendoza”⁶³, así como en otro posterior, publicado en 1974, “Pole, Carranza y Fresneda. Cara y cruz de una amistad y una enemistad”⁶⁴. La relación entre Carranza y Pole quedó plasmada en un libro, cuyo título lo dice todo: *Fray Bartolomé Carranza y el Cardenal Pole. Un navarro en la restauración católica de Inglaterra (1554-1558)*⁶⁵.

56. Publicado en *Arbor*, 69, pp. 249-63 y también en *Diálogo ecuménico*, 6, pp. 325-41.

57. *Diálogo ecuménico*, 8, pp. 57-63. Incluso, un año más tarde, en 1974, publicaba “Fray Luis de la Cruz, OP, y los protestantes de Valladolid. La difusión de una “Consideración” de Juan de Valdés”, *Diálogo ecuménico*, 9, pp. 417-73.

58. “Perfil teológico del protestantismo castellano del siglo XVI. Un memorial inédito de la Inquisición (1558)”, en *Diálogo ecuménico*, 17, pp. 315-73.

59. 1976, “El quietismo en Italia. Capítulos inéditos de la “Historia de los quietistas”, de Francisco Antonio de Montalvo”, *Ephemerides Carmeliticae*, 27, pp. 489-512.

60. En 1979, publicada “Molinos y el quietismo español”, en R.R. Villoslada, *Historia de la Iglesia en España*, IV, Madrid, pp. 475-521.

61. “Pole y Paulo IV. Apología del Cardenal inglés (1557)”, *Archivum Historicae Pontificiae*, 4, pp. 105-54.

62. Su hermano, Lord Montegue, fue decapitado en la torre de Londres, a pesar de haber gozado primero del favor del rey, quien en 1517, le había concedido el título.

63. Publicado en 1967, en *Revista española de Teología*, 27, pp. 34-51.

64. 1974, *Diálogo ecuménico*, 8, pp. 287-393.

65. Publicado en Pamplona, en 1977.

El balance de su investigación sobre Carranza era muy positivo. En 1984, los trabajos sobre el dominico navarro sumaban 111⁶⁶. Los largos años de examen documental, de investigación sobre el personaje y su tiempo, sobre el Concilio de Trento y algunos de sus protagonistas, sobre la Inquisición y sus informes, testificaciones y cargos, proporcionaron a Tellechea las mejores armas para conocer desde las fuentes primarias, una parte fundamental de la Historia de la Iglesia. Además, con su formación teológica, perspectiva histórica y habilidad y paciencia investigadora, pudo interpretar el contenido de los quienes defendieron o atacaron los principios cristianos del siglo XVI. Con sus escritos, cooperó a que estuviera al alcance de otros profanos o no especialistas de la época, un capítulo importante de la Historia de la Iglesia.

3. LA FIGURA DEL JESUITA LARRAMENDI EN LA OBRA DE TELLECHEA

Es algo difícil señalar los motivos que movieron a Tellechea a iniciar la aventura de estudiar la obra del jesuita guipuzcoano, aunque él confesó que “cuando uno intenta en la vida dejarse guiar por valores que más se asemejan a estrellas fijas que a elementos mudables”⁶⁷, tal experiencia resulta aleccionadora. Y su estrella fija en algún momento de su vida investigadora fue Larramendi en sí mismo, a quien descubrió una tarde en la biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Fue en la primavera de 1965 –nos cuenta–. En aquélla como en otras muchas tardes, quise distraerme un momento de mis investigaciones carranzianas y rastrear en otros predios... Aquella tarde “picó” Larramendi (...) El gozo efímero del hallazgo venturoso se transformó luego en largas horas de trabajo fecundo, en entusiasmo comunicativo, en proyectos fecundos⁶⁸.

Estas manifestaciones tan sentidas dieron sus frutos. La documentación que localizó en la Real Academia de la Historia, le atrajo de tal manera que trabajó con la pasión del investigador que halla un tesoro y en el que afloran las explicaciones para interpretar los documentos, relacionar los hechos y descubrir personajes hasta entonces lejanos o difuminados.

La primera aproximación a Larramendi la hizo a través de dos artículos de 1968, relacionados de alguna forma con la historia eclesiástica, ya que trataban de la censura a un libro de piedad y del antigalicismo de Larramendi⁶⁹. Sin embargo, pronto descubrió la dimensión de aquel hom-

66. Pérez Ollo (2008), p. 517.

67. Introducción a *Sobre los Fueros...*, xviii.

68. Introducción a *Sobre los Fueros...*, xviii.

69. “Larramendi y Cardaveraz. Censura y réplica inéditas sobre un libro de piedad”, *Anuario del Seminario de Filología vasca, Julio de Urquijo*, 2, 3-31; y “El jesuita P. Manuel de Larramendi y su antigalicismo”, *Revista española de Derecho Canónico*, 23, pp. 217-56. En 1990, J.I. Tellechea volvería sobre el tema en un capítulo de *Escritos breves. Obras del padre Larramendi*.

...

bre, a través de su obra dedicada en buena parte a Guipúzcoa, tierra natal del jesuita y también de Tellechea. En 1969, salía el primer volumen de las obras de Larramendi, *Corografía de Guipúzcoa*, cuya edición, introducción y notas corrieron a su cargo⁷⁰. El estudio preliminar que hizo sobre el jesuita y su obra, es una pieza maestra del historiador que había en Tellechea. El cuidado con el que trató al autor de la *Corografía*, muestra el gran respeto que sentía por el profesor de Teología que fue Larramendi; y también por el escritor y por el gran conocedor que era de la lengua vascongada, de la historia de su país, de las costumbres, y sobre todo, por el hombre erudito y brillante, y también por quien debió soportar “con paciencia invicta y serenidad o moderación heroica, que, de sus escritos, unos se tildasen o enmendasen, otros se retardasen o estancasen, y muchos, acaso muy buenos y los mejores, se sacrificasen o se enterrasen vivos”⁷¹, sin que nadie le oyera quejarse.

Nada escapó al análisis de Tellechea sobre la personalidad del jesuita guipuzcoano. Desde el conocimiento de los textos larramendianos, Tellechea confesaba que no sabría qué podía apreciar más: su erudición, la cordura, el buen sentido moral del antiguo profesor de Teología,

(...) que condenaba la hipébole, y aún los criterios morales equivocados de su antagonista, buscándole parentesco con el rigor jansenista; o el equilibrio, la higiene mental, la experiencia del mundo, los atisbos de sabia psicología de masas, la repulsa de la mojigatería y de la obsesión sexual, del pastor que conocía a su pueblo, sus candidas malicias y alegrías...⁷².

Difícilmente podía ser mejor definido Larramendi, como lo hizo José Ignacio en aquellas líneas.

También el equilibrio en la valoración de la obra de Larramendi afloró en su estudio introductorio. Con la misma firmeza que el jesuita defendió los valores de la lengua, las instituciones guipuzcoanas, el carácter emprendedor de sus gentes y condenó los vicios que observaba, también Tellechea subrayó esas dos caras que se observan en Larramendi. A veces –escribía Tellechea–, a Larramendi, le cegó su guipuzcoanismo, aunque no tuvo empacho en descubrir y tachar los defectos de los guipuzcoanos (soberbia, envidia e ingratitud)⁷³.

...

Edición conmemorativa en el tercer centenario del nacimiento del P. Larramendi. Edición, introducción, notas y apéndice por, bajo el título de “Tratado sobre libertades de la Iglesia galicana, publicado en 1968, en la *Revista española de Derecho Canónico*, 24, pp. 3-42.

70. *Corografía o descripción general de la Muy Noble y Muy Leal Provincia de Guipúzcoa*. Edición, introducción, notas y apéndices por J. Ignacio Tellechea Idígoras, San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones.

71. Introducción a *Corografía*..., iii.

72. Introducción a *Corografía*..., xxv.

73. Introducción a *Corografía*... xvi-xvii.

En 1971, Cardaveraz, Larramendi y Mendiburu, “un místico, un sabio *jatorra*, un asceta”⁷⁴, eran los protagonistas de un nuevo trabajo de Tellechea⁷⁵. Los tres tenían algunos puntos en común, además de haber coincidido en el tiempo: a) guipuzcoanos; b) jesuitas, con una buena formación teológica y c) conocedores de la lengua vasca (“hubo un punto privilegiado de contacto entre nuestros tres hombres: el despertar del cultivo del euskera”⁷⁶), a la que dedicaron una parte importante de su obra escrita. Además, como añadiría José Ignacio, los tres tuvieron una irradiación espiritual profunda en el País Vasco⁷⁷.

Habiéndose percatado Tellechea con la edición de la *Corografía*, la auténtica dimensión de la obra de Larramendi, prometía publicar las obras y escritos de “este ilustre guipuzcoano, interesante figura del siglo XVIII, desgraciadamente no conocida y valorada como se debiera”⁷⁸. Y así, la obra de Larramendi fue aflorando a la luz gracias a José Ignacio.

74. Discurso leído en el Santuario de Loyola con motivo del Centenario de Cardaveraz, y cuyo texto fue publicado bajo el título de “Cardaveraz, Larramendi y Menidiburu”, *Escritos breves. Obras del padre Larramendi. Edición conmemorativa en el tercer centenario del nacimiento del P. Larramendi. Edición, introducción, notas y apéndice por J. Ignacio Tellechea Idígoras*, San Sebastián, Sociedad guipuzcoana de ediciones y publicaciones, 1990, pp. 573-80.

75. “Cardaveraz, Larramendi y Mendiburu”, *Kardaberaz aitari omenaldia*, pp. 73-80. Nacido el primero en Hernani, en 1703, hijo de un escribano de San Sebastián, en un ambiente cultivado, fue quien tradujo al vascuence *Vida del Cristiano*, del P. Jerónimo Dutari, además de escribir numerosas obras, (algunas también en vascuence, como *Eusqueraren berri onac*), casi todas de carácter religioso. En sus escritos aflora una gran piedad, contrastando con la sobriedad de los textos evangélicos. Larramendi, nacido en Andoain en 1690, además de ejercer su cátedra de Filosofía y más tarde de Teología en Salamanca, fue un estudioso de la lengua vascongada. Lo sabía bien Cardaveraz, quien aceptó las correcciones lingüísticas sobre sus escritos en vascuence. El manejo de la lengua vasca que poseía Larramendi pronto dio sus frutos. Buena muestra de ello es la publicación en Salamanca, en 1728, *De la antigüedad y universalidad del vascuence en España: de sus perfecciones y ventajas sobre muchas lenguas. Demostración previa del Arte que se dará a luz de esta lengua*, o su *Diccionario trilingüe, castellano, vascuence y latino*, publicado en San Sebastián, en 1746. Por su parte, Sebastián de Mendiburu nació en Oyarzun en 1708. A decir de Tellechea, “perteneció a una familia levítica: de cuatro hermanos, tres se consagraron a Dios”. También fue profesor de Filosofía y Teología. A él se debe la traducción al vascuence del Catecismo del padre Astete, además de numerosos escritos religiosos, destacando el libro dedicado a la Compañía de Jesús: *Jesusen Compañiaco A. Sebastian Mendiburuc euscaraz eracusten duen Jesusen biotzaren devocioa*, publicada en 1747. Ese mismo año se hicieron otras dos ediciones con el título algo cambiado: *Jesusen boitz maitearen devocioa*. Sobre las censuras de Larramendi de alguna obra de Mendiburu resulta de gran interés el capítulo dedicado a “censura del catecismo de Mendiburu en lo relativo a las danzas (1764)” en *Escritos breves. Obras del padre Larramendi. Edición conmemorativa en el tercer centenario del nacimiento del P. Larramendi. Edición, introducción, notas y apéndice por J. Ignacio Tellechea Idígoras*, San Sebastián, Sociedad guipuzcoana de ediciones y publicaciones, 1990, pp. 351-66.

76. Discurso leído en el Santuario de Loyola con motivo del Centenario de Cardaveraz, y cuyo texto fue publicado bajo el título de “Cardaveraz, Larramendi y Menidiburu”, *Escritos breves*, ya citado.

77. Discurso leído en el Santuario de Loyola con motivo del Centenario de Cardavez, y cuyo texto fue publicado bajo el título de “Cardaveraz, Larramendi y Menidiburu”, *Escritos breves*.

78. Introducción a *Corografía*..., i.

En 1973, con la *Autobiografía y otros escritos*⁷⁹, pudimos saber bastante más de lo que hasta entonces se conocía, ya que “su biografía se veía reducida hasta ahora a una ficha esquemática y pobre, no correspondiendo su fama y el eco de su personalidad en vida, a lo que sabíamos de la misma”⁸⁰. Con qué fina pluma confeccionó Tellechea la tarjeta de presentación de Larramendi. Un Larramendi profesor y predicador en Salamanca; confesor de la reina Mariana de Neoburgo en Bayona; conecedor de las miserias de la Corte; después, un Larramendi dolido por las acusaciones de frivolidad, de “amigo de las fiestas”, acusaciones que partieron de algún jesuita; más tarde, el Larramendi defensor de los Fueros, proyectado en la vida pública, pero alejado de los cauces de otros jesuitas empleados en misiones, y por lo tanto, blanco más fácil de la crítica; y por fin, un Larramendi herido, que trató de defenderse, que “no lloró nunca”, a pesar de la incompreensión que soportó incluso “en sus afanes literarios, principalmente en favor del euskera”⁸¹. La publicación de esta obra supuso para Tellechea su “más ilusionada aportación al homenaje que se merece este guipuzcoano, profundamente jesuita, e insigne entre los insignes”⁸².

El acercamiento a esta figura del XVIII vasco y a su entorno, sin duda fue motivo suficiente para que Tellechea dedicara también algunos artículos a la historia local. Ferrerías, anclas de Hernani, Rentería o San Sebastián en el XVIII, y personajes de la época, fueron otros tantos temas que salieron de la pluma de Tellechea, durante aquellos años⁸³.

Diez años debió esperar la aparición del tercer volumen de las obras de Larramendi, dedicada a los Fueros. Pero aún más larga había sido realmente la espera desde que Tellechea terminara de transcribir su texto, allá por agosto de 1966. Diversos acontecimientos y pareceres hicieron que se retrasara su publicación, porque debía superar la censura, algo difícil durante los años 60. Mientras, José Ignacio había podido sacar otros escritos del jesuita, menos polémicos y poco sospechosos. Por añadidura, una enfermedad, de la que salió con tanto o más ánimo que antes, había obligado a prolongar aún más

79. *Autobiografía y otros escritos breves. Obras del padre Larramendi. Edición e introducción a cargo de J. Ignacio Tellechea Idígoras*, San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones. Este libro mereció una distinción de la Asociación Guerediaga.

80. Introducción a *Autobiografía...*, xv.

81. Introducción a *Autobiografía...*, xxi.

82. Introducción a *Autobiografía...*, xxiii.

83. “San Sebastián en el siglo XVIII. Dos descripciones (1785-1799) y una estadística de todo un siglo”, *Boletín de Estudios Históricos de San Sebastián*, 8, pp. 127-80; “Rentería a fines del siglo XVIII”, *Boletín de Estudios Históricos de San Sebastián*, 8, pp. 267-318; “El donativo voluntario de Guipúzcoa a la Corona (1778)”, *Boletín de la RSBAP*, 30, pp. 125-51, los tres artículos publicados en 1974. En 1975, se publicaron “D. Francisco Antonio de Oquendo y la fábrica de anclas de Hernani”, *Boletín de Estudios Históricos de San Sebastián*, 9, pp. 71-184; “Juan Fermín de Guilisasti y sus anclas”, *Boletín de la RSBAP*, 31, pp. 285-90; “Dos textos euskéricos del P. Larramendi”, *Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo*, 9, pp. 179-84. En 1976, eran otros tres los artículos de Tellechea, referentes al XVIII. Ver Bibliografía en J. Goñi (2008).

aquella espera. Por fin, en 1983, veía la luz *Sobre los Fueros de Guipúzcoa*⁸⁴. En esta ocasión además, la dedicatoria de Tellechea, a su abuelo Segundo Idígoras, tenía un doble sentido: el recuerdo a un ser entrañable y su amor a los Fueros.

Y de nuevo, la pasión de Tellechea por el personaje y el contenido de los Fueros, se manifiesta sin disimulo, al estilo del propio Larramendi, quien “sin tapujos ni remilgos jesuíticos asigna a su tierra nativa, su querida Guipúzcoa, y aun a sí mismo, una cualidad sorprendente: la intrepidez genial”⁸⁵. Los escritos de Larramendi sobre los Fueros, recogidos originalmente en forma de Conferencias, fueron, a decir de Tellechea, un grito desgarrado que no se detuvo ante escrúpulos, extrañezas o miramientos de los timoratos. La defensa que hizo el jesuita de los Fueros fue acompañada por la reflexión, que, de alguna manera, atemperó el sentimiento encendido ante el atisbo de una sutil conjura antiguipuzcoana⁸⁶. En su introducción, el historiador Tellechea analizó el entramado histórico en los escritos de Larramendi; y el también sacerdote y teólogo, valoró cómo la Política, el Derecho con la Jurisprudencia, y la Moral con la Teología y la Biblia, fueron las armas que proporcionaron al jesuita, el fundamento de defensa de su tesis.

En 1990, completaba su compromiso con Larramendi, editando el cuarto volumen de sus obras: *Escritos breves*⁸⁷. Desde el conocimiento de la época, de las instituciones, de la lengua vascongada y de la historia del país, este cuarto tomo escapa del formato de los anteriores. Ya no es sólo el estudio del texto original lo que precede a la obra de Larramendi, sino una serie de artículos, que si bien se sustentan en los escritos originales del jesuita, contienen un análisis profundo por parte de Tellechea. Los personajes y los hechos que discurren a lo largo de la obra, en forma de textos breves, están descritos con una viveza inusual. De nuevo, Cardaveraz y Mendiburu, Sarmiento y Antonio de Hoces, el jansenismo y la iglesia galicana, el euskera o la fábrica de anclas, son algunos de los puntos traídos por Tellechea, al hilo de otros tantos tratados por Larramendi.

Con esta última publicación, José Ignacio recorrió la propia vida de Larramendi. Ordenados cronológicamente, los *Escritos breves* –que sólo tenían en común su brevedad–, abarcaban una gran variedad temática, lo que ponían de manifiesto “una veta propia de la personalidad de Larramendi: su

84. *Sobre los Fueros de Guipúzcoa. Conferencias curiosas, políticas, legales y morales sobre los Fueros de la M.N. y M.L. Provincia de Guipúzcoa. Edición, Introducción, notas y apéndices* por J. Ignacio Tellechea Idígoras, San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, 1983.

85. Introducción a *Sobre los Fueros...*, xxii.

86. Introducción a *Sobre los Fueros...*, xxiii.

87. *Escritos breves. Edición conmemorativa en el tercer centenario del nacimiento del P. Larramendi. Edición, introducción, notas y apéndice* por J. Ignacio Tellechea Idígoras. Prólogo de Julio Caro Baroja, San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, 1990, p. 14.

polifacetismo”⁸⁸, y sus preocupaciones intelectuales en distintas etapas de su vida.

Entre los temas tratados destaca el escrito latino acerca del jansenismo. En él se puede apreciar la sólida formación teológica, escolástica y positiva del jesuita, tal y como destaca Tellechea. Asimismo, otras pequeñas piezas tratan de la polémica que surgió entre el clero sobre el voto de ayunar la víspera de San Ignacio, y la crítica sobre la traducción del catecismo que hizo el padre Mendiburu, o incluso la censura a un pequeño libro piadoso, escrito también en euskera, por el padre Cardaveraz. También ocupó la pluma de Larramendi el asiento celebrado por la fábrica de anclas de Hernani para abastecer a los arsenales reales...

La conmemoración del tercer centenario de su nacimiento, en 1990, coincidió con la edición del volumen cuarto, por lo que el trabajo realizado por Tellechea fue, además de importante, oportuno.

4. IGNACIO DE LOYOLA. SOLO Y A PIE

Quizá sea este el libro más conocido de la obra de Tellechea, por sus numerosas ediciones, difusión y traducciones a distintos idiomas. Y también un libro especial y diferente a los editados sobre Carranza o Larramendi. Su actividad “prodigiosa de investigador”, como definió Caro Baroja la labor de Tellechea, queda en un segundo plano, porque Ignacio de Loyola es un libro que no huele a archivo, que no contiene largas citas eruditas a las que nos tenía acostumbrados su rigor histórico. Al contrario, es un libro sentido y querido, desde la gratitud que debía al santo, pero no por eso menos riguroso. “No sueño en competir con las grandes biografías clásicas, repletas de erudición y cargadas de notas”⁸⁹. Tal y como nos descubre Tellechea, la historia del propio libro se inició cuando la editorial Fayard le invitó a escribir un ensayo sobre la vida del santo, para la colección *Douze hommes d'Église*. “Me llamo Ignacio”, nos cuenta,

(...) mi madre me llevó a Loyola con seis meses para ponerme a los pies de mi patrón; dieciocho años más tarde dio generosamente su aquiescencia ante personas que le aseguraban que yo sería jesuita. San Ignacio, liberal y generoso, aceptó aquella oferta materna, pero no la ha transformado en adscripción jesuítica. La ha dejado en suave patrocinio espiritual. Estoy en deuda con él⁹⁰.

Y para saldar esa deuda, José Ignacio tenía a su favor un conocimiento profundo de la historiografía. Contaba además, con una información privile-

88. *Escritos breves*, p. 14.

89. J. Ignacio Tellechea (1986): *Ignacio de Loyola. Solo y a pie*, Madrid, edic. Cristiandad, prólogo, p. 16.

90. J. Ignacio Tellechea (1986): *Ignacio de Loyola. Solo y a pie*, Madrid, edic. Cristiandad, prólogo, p. 15.

giada de la época de San Ignacio (1491-1556), a través de los muchos años de investigación sobre Carranza (1503-1576), y también de la Iglesia de aquel periodo, en donde el Concilio de Trento (1545-1563) fue un hecho determinante, incluso para la gran obra de San Ignacio: su Compañía.

Sin embargo, la abundante historiografía acumulada sobre la figura del santo guipuzcoano, también tenía sus desventajas. Porque, a decir del propio José Ignacio, era difícil deshacer errores, que, a fuerza de repetirlos, se aceptaban como verdades. Por otra parte, la labor que debía afrontar era la de seleccionar datos dentro de una auténtica selva informativa. Debía huir, tanto de la exaltación barroca de Ignacio de Loyola del XVII, como de algunos escritos denigratorios del siglo XIX. La figura de Ignacio de Loyola había sido tratada en numerosas ocasiones por historiadores literatos y ensayistas de distintas creencias. Con una información a veces parcial cuando no errónea, los juicios vertidos sobre el santo, en ocasiones cargados de un antijesuitismo visceral, u ofuscadas por su carisma como fundador, distorsionaban la verdadera dimensión de su persona.

Felizmente para mí, declaraba Tellechea, se me impone que componga un perfil de san Ignacio y su época, removiendo ideas posadas en la conciencia tras años de lecturas y meditaciones⁹¹.

Y, felizmente para sus lectores, así lo hizo.

En las más de 400 páginas del libro, fue dando a conocer al hombre y al santo que hubo en Ignacio, dando sentido a la persona que atravesó etapas muy diferentes a lo largo de sus 65 años. La validez del término “Hombres de Iglesia”, para cuya colección escribía Tellechea, era muy distinta aplicada al ñigo (así le llamará al santo antes de su conversión), bautizado en Azpeitia, al adolescente, al pecador arrepentido, o al Ignacio sacerdote que quiso vivir y morir en Tierra Santa, al servidor fiel del pontificado, al hombre de la Iglesia.

Por eso, *Ignacio de Loyola. Sólo y a pie*, comienza por el niño, ñigo. Su entorno familiar, carente de abuelos, huérfano de padre a los dieciséis años, y posiblemente de madre, dejaron su huella en el alma del niño, del joven. Su paso por la corte, y su aprendizaje de caballero, no evitaron que cometiera algunas fechorías en su visita a su casa natal. Pero, entonces, sabía escapar del castigo y ampararse en los privilegios que le otorgaba ser un clérigo tonsurado a pesar de que, como manifestaba el Corregidor de Guipúzcoa, haber lucido capa, armas y cabello largo...⁹²

91. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola. Sólo y a pie*, p. 16.

92. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*. Recoge el texto ciertos excesos cometidos por Ignacio junto a su hermano clérigo Pedro, calificados en los papeles como “delitos enormes” y que tuvieron lugar “de noche e de propósito, e sobre habla e consejo habido sobre asechanza e alevosamente”, pp. 64-5.



Con Monseñor Laboa y el pintor Enrique Albizu (Hondarribia, 1993).

La muerte de su protector en la corte, en 1517, dejó a Íñigo sin apoyo. Rota su carrera cortesana, debió elegir entre la milicia o el servicio, y decidió “ser satélite de otra estrella”⁹³, el Virrey de Navarra. Y allí, en Navarra, Íñigo combatió como el primero, y allí fue herido físicamente y moralmente derrotado. Y como el hijo pródigo, volvió la mirada a sus orígenes, iniciando su largo camino de alejamiento de todo lo que hasta entonces había sido su vida.

En esta etapa de la vida de Íñigo de Loyola, la prosa de Tellechea se hace más intensa y partícipe del inicio de la conversión del protagonista. Los sentimientos vividos por Íñigo parece que fueron comunicados al autor de *Solo y a pie*. Nos habla del sentimiento del hombre cortesano que había sido hasta entonces, que parecía huir de sí mismo, el fugitivo de su propio corazón, como hubiera dicho San Agustín, y también de aquel hombre que, en una litera volvía a casa, un retorno que se hacía muy penoso.

93. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, p. 68.

Y, en su casa natal, Íñigo –aventura Tellechea–, pudo leer las rimas del *Retablo de la vida de Cristo*: Mira la summa, divina clemencia/ que abre sus brazos si te convirtieres/ por ende, mira quién es y mira quién eres/ polvo de tierra, pesar y dolencia⁹⁴. Quizá aquí estuvo el secreto de aquella reflexión recogida en los *Ejercicios* del santo de Loyola: “Mirar quién soy yo... considerar quién es Dios”⁹⁵.

El momento de la conversión, fue un capítulo que Tellechea plasmó con la habilidad de su pluma, con el análisis del teólogo y con el corazón de su fino espíritu sacerdotal. Explica los tipos de conversión, aquellos de una conmoción irresistible, en las que el hombre se siente seducido por la verdad. Toda conversión significa “una integración de fuerzas dispersas de la persona, que se funde en un haz y un rumbo”⁹⁶. También hubo en Íñigo un ajuste. Su proceso de conversión, largo, lo vivió sólo. Retirado en la parte alta de la casa-torre de Loyola, durante algo más de medio año (de junio de 1521 a febrero de 1522), Íñigo pudo curar su dolencia física, pudo leer, reflexionar, y volver su vista atrás, a sus logros, aspiraciones, a sus sueños y también pudo mirar hacia su futuro. Llegados a este punto, Tellechea se pregunta si fue Íñigo un fracasado. La respuesta sería afirmativa, en cierto modo. Si bien era aún un privilegiado, sus logros durante 30 años de vida, habían sido muy escasos. Soñaba aún en “su princesa”⁹⁷, real o imaginaria. Y mientras estaba embobado en tales ensoñaciones, le sacudía el pensamiento opuesto, con la fuerza de Dios. Parecía ir y volver de las ensoñaciones de su Dulcinea a las ensoñaciones de la santidad. “He pensado que soy dos”. ¿Cómo supo plasmar estos momentos Tellechea! Es como si el biógrafo hubiera establecido un diálogo íntimo con el santo y tuviera el privilegio de asistir a ese duro proceso que había empezado a cambiar a Íñigo, y que José Ignacio tantas veces rumió en los *Ejercicios*.

Después del largo camino que debió recorrer, debía llegar la penitencia, la peregrinación a Jerusalén, a esa Tierra Santa que atraía a tantos peregrinos. Por fin,

(...) estando una noche despierto, vio claramente una imagen de Nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva y quedó con tanto asco de toda su vida pasada...⁹⁸

94. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, p. 68. Aventura Tellechea que pudo estar al alcance de Íñigo la obra de Juan de Padilla, cartujo sevillano, editada en varias ocasiones en España, entre 1505 y 1518.

95. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, p. 96.

96. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, p. 97.

97. Algunos han señalado que podía ser la reina Germana de Foix, “a pesar de ser la causante de la ruina de su protector Velázquez de Cuéllar”. Otros apuntan a doña Leonor, a quien pudo haberla visto en las fiestas de la jura de Carlos I. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, p. 100.

98. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, pp. 106-7, según recoge su autobiografía.

y así comenzó la mudanza de alma y el periplo hacia la santidad. Era el comienzo de Ignacio.

Salió de Loyola en mula. En Aránzazu prometió castidad. En Manresa hizo penitencia. De Montserrat saldría como peregrino humilde. Lejos quedaban sus ropas de caballero. *Sólo y a pie*, Ignacio caminaría vestido con su ropón, como un héroe solitario, tal como lo define Tellechea. Llegado a este punto, olvida el biógrafo cumplir con una parte del compromiso: escribir no sólo sobre San Ignacio, sino también sobre su época. Pero, Tellechea prefirió vivir sin otras distracciones, la batalla que en aquel momento estaba librando Ignacio de Loyola, una batalla de todos sus sentidos y potencias.

A pesar de todo, no rehusó en páginas posteriores, analizar y comparar la postura del santo guipuzcoano y de Lutero, con la maestría del catedrático de Historia de la Iglesia, a través de la lente de su formación teológica, pero sobre todo, con la visión sacerdotal que siempre marcó su vida. Por eso, José Ignacio Tellechea, maneja todos los registros para situar a ambos personajes allá por 1520, fecha en la que fue excomulgado Lutero, casi al mismo tiempo que Íñigo sufría y meditaba en Loyola. Del primero decía que era un pequeño burgués, metido luego en los entresijos políticos. Del segundo, un aristócrata “que se inmergió entre canales privilegiados” para luego darles la espalda. Ambos poseían un cierto espíritu poético, una sinceridad enemiga del engaño⁹⁹, y también ambos, en un momento de su vida, sintieron el asco producido por sus vivencias pecadoras... y uno y otro difundieron “el hallazgo que los hizo felices, a voces: con la ayuda de la imprenta uno, en rincones y con la palabra cara a cara el otro”¹⁰⁰. Los dos fueron apasionados cristianos. El uno vio en Cristo al Redentor, pero el otro, Ignacio, vio que Cristo esperaba de nosotros algo más que la fe; esperaba su seguimiento e imitación, así como el ofrecimiento de su voluntad, aunque fuera pecadora.

Este episodio en el que Tellechea se recrea en aquello que manejaba tan bien, no le hizo desviarse de su objetivo central: Ignacio de Loyola. Por eso, las líneas dedicadas al paralelismo entre Lutero e Ignacio, fueron cortas y en todo caso sirven para proporcionarnos nuevos matices del hombre de Loyola: caballerosamente cristiano, con el más puro fervor y obsesionado por hacer cosas.

A pesar de su ropaje, de puro saco, Ignacio de Loyola mantenía una distinción que traspasaba la humilde vestimenta. Cuando se inició el proceso de beatificación, algunos de los testigos (mayormente de segunda generación) de Manresa, aportaron testimonios muy reveladores, y que Tellechea destacó: los niños seguían al peregrino; primero le apodaron el hombre del saco; luego, el hombre santo. No probaba carne ni bebía vino, visitaba el hospital donde lavaba a los enfermos, rezaba, confesaba y comulgaba, y castigaba

99. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, p. 126.

100. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, p. 127.

su cuerpo. Comía donde, cuando y lo que le daban. Y cuando le invitaban, hablaba poco. Murmuraban de él pero también empezó a tener seguidores.

Y en Manresa nacieron sus *Ejercicios*, código sapientísimo y universal de normas para dirigir las almas hacia el camino de la salvación¹⁰¹.

Después vendría Roma, Venecia... y Jerusalén. Los pequeños detalles de aquel periplo, contados por Tellechea, hacen revivir las situaciones del peregrino, que superando toda clase de dificultades, incluso unas calenturas en vísperas de embarcar en Venecia, deseaba llegar a Tierra Santa, y sabía “que Dios le daría modo de llegar a Jerusalén”¹⁰².

En sucesivos capítulos, Tellechea nos fue desvelando al hombre de carne y hueso y al santo. Salamanca, París y Roma, sus estudios y sus seguidores, los ñinguistas, se entrelazan a lo largo de las páginas. En todo este recorrido, el autor de *Sólo y a pie*, nos transmitió la imagen de aquel hombre de pocas palabras pero profundo, enemigo de amistades superficiales, pero volcado en ayuda al prójimo, el hombre auténtico de formas directas, sin trampa ni engaño. Este es el Ignacio de Loyola que cautivó al propio Tellechea y que sin duda sigue cautivando a quien lee su libro.

Además de los conocimientos que tenía Tellechea de la Historia de la Iglesia de la época de San Ignacio, contó con una gran ventaja para llegar a analizar y comprender los orígenes de lo que sería La Compañía de Jesús. En su estancia en Roma había sido alumno de los jesuitas en la Universidad Gregoriana. También había sido visitante asiduo del Instituto Histórico y de la Biblioteca y archivo de la Curia General de la Compañía de Jesús. Allí había conocido a eminentes ignacianistas. Y además, conocía Loyola, cosa que un guipuzcoano lo siente en el alma. Así, Tellechea pudo valorar las dificultades de los primeros pasos de la Compañía, nacida en una época de grandes cambios en el mundo cristiano, en donde detrás de cualquier nueva forma de vida religiosa parecía esconderse una posible desviación de la ortodoxia. Las descalificaciones a Ignacio y a sus seguidores fueron muchas. Acusado incluso de heterodoxo, Ignacio debió acudir a Paulo III, a quien sin rodeos, expuso las intenciones del grupo que había formado.

A lo largo de la obra, Tellechea fue borrando el cliché de un Ignacio asceta inflexible y hasta pelagiano, para ofrecernos la imagen del místico, de quien poseía un gran don de lágrimas y una intuición extraordinaria para las cosas divinas. Era también de una gran sobriedad expresiva. Pero, la experiencia mística no le alejó de la acción, algo que Tellechea comprendió cuando afirma que, el Dios de Ignacio no era un Dios abstracto y lejano...

Los últimos capítulos del *Sólo y a pie*, son una expresión de las vivencias de Tellechea, ante la lectura de los testimonios que el propio Ignacio dejó

101. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, p. 150.

102. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, p. 159.

en su obra, en sus *Ejercicios*. Sin apartarse de su propósito de mostrar al hombre de la Iglesia, Tellechea ahondó en la doctrina ignaciana. En un apartado bajo el epígrafe “El último tramo del peregrino solitario y callado”¹⁰³, el biógrafo define al enfermo como “obedientísimo paciente (...) silente y discreto hasta la muerte. Solicitó que Polanco¹⁰⁴ hiciera llegar al Papa la noticia de su gravedad y le suplicara su bendición”. Ignacio tenía prisa, aunque el médico no veía tan inminente el desenlace. Es por ello por lo que Polanco dejó para el siguiente día el encargo. Mas, aquella noche, la noche del 30 de julio de 1556, la salud de Ignacio empeoró. Polanco salió al alba para solicitar la bendición papal, pero cuando volvió, Ignacio había muerto sólo, “sin teatro, sin lágrimas ni compañeros a su alrededor... sin consejos de última hora, sin sacramentos ni bendiciones...”¹⁰⁵. Hasta aquí, el relato que recogió Tellechea, algo que le se le quedó grabado en el alma, cuando lo repetía de palabra. Después vendría el sepelio, la Congregación general, los procesos de beatificación y canonización, y el riquísimo altar en uno de los laterales de la iglesia *Gesú* de Roma, que nada tiene que ver con el Ignacio después de la conversión, austero, de ropaje pobre y de pocas palabras, pero sí con la grandeza de su espíritu, como tan bien supo plasmar Tellechea.

5. LOS SUEÑOS DE FRANCISCO DE JAVIER

Dos años antes de su fallecimiento, Tellechea publicó esta biografía del santo navarro, con un estilo muy diferente al dado a Carranza, a Larramendi, e incluso, a Ignacio de Loyola.

El título, *Los sueños*, respondía a lo que había sido el meollo de la vida de san Francisco, según aclaraba el autor. Soñaba dormido y soñaba despierto. Soñó tras su conversión con ir a Tierra Santa con Ignacio de Loyola; soñó con ponerse en Roma al servicio del Papa; soñó con dedicar su vida a la misión en la India; y allí siguió soñando con nuevas formas de apostolado, más lejos aún... en Japón, China; y en sus últimos momentos, Francisco de Javier aún soñaba con predicar en China y extender la Compañía en aquellas tierras.

Además del título, Tellechea también nos dejó testimonio de cual fue el motivo que le impulsó a escribir esta obra. Su primera visita a Javier fue el 18 de julio de 1954, acompañando al entonces cardenal Roncalli, luego Juan XXIII. Roncalli era un admirador del jesuita misionero. En el Libro de oro de los visitantes dejó plasmada su firma con el siguiente texto:

!Oh Jesús! esperanza del alma peregrinante, junto a ti, mi boca enmudece, pero mi silencio te habla. S. Francisco Javier, ruega por mí. Ángel José Roncalli,

103. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, p. 400.

104. Jesuita, nacido en Burgos, en torno a 1516. Estudió en la Sorbona y luego se trasladó a Roma, en donde conoció a Laínez, futuro general de la Compañía.

105. J.I. Tellechea (1986) *Ignacio de Loyola*, pp. 403-4.

Patriarca de Venecia, en el camino de su peregrinación a Santiago de Compostela, 16 de julio de 1954¹⁰⁶.

Años después, cuando Tellechea se encontró en la UVI, a punto de morir, nos cuenta que recurrió al santo e imploró su patrocinio. Una vez curado, celebró una Misa de acción de gracias en Javier. Más tarde, después de cuarenta y tres años de aquella primera visita acompañando a Roncalli, volvió con su amigo y compañero Mons. Laboa. También Laboa escribió en el Libro de visitantes, pero en esta ocasión, indicaba que aquel día (25 de julio de 1997) José Ignacio Tellechea prometía escribir una biografía sobre San Francisco Javier. Con la Misa de acción de gracias después de su enfermedad saldó su deuda secreta con el santo; con el libro *Los sueños de Francisco de Javier* saldaba su compromiso con el amigo.

Resulta peligroso establecer comparaciones entre dos biografías escritas por el mismo autor, dedicadas a dos santos de la misma época, y por añadidura, los dos jesuitas. No obstante, la forma en la que aborda Tellechea la biografía de Francisco de Javier es totalmente distinta a la de Ignacio, por lo que es difícil establecer cualquier paralelismo.

Las confidencias de Francisco de Javier con el autor de su biografía no pueden ser las mismas que las de Ignacio de Loyola. Francisco fue captado por Ignacio para la obra de Dios; no debió recorrer el desierto, o cuando menos, no tan largo, como le tocó al guipuzcoano. Tampoco escribió unos *Ejercicios*. Pero sin duda, Tellechea supo acercarse el alma de Francisco, metido en un mundo lejano y desconocido, lejos de los movimientos religiosos y heréticos de la Europa cristiana, pero en donde la savia del Evangelio podía dar muchos frutos. Y allí, adivinó Tellechea, ver un Francisco bautizando a una gran multitud de infantes, que no le dejaban ni rezar, ni comer, ni dormir, porque le pedían que les enseñara a orar¹⁰⁷. El incansable misionero, decía muchas veces tener los brazos cansados de tanto bautizar y tener dificultades para comunicarse y decir el credo en la lengua propia de aquellos nativos. El incansable misionero, alejado de los ambientes parisinos, tenía una sola ambición, la de sembrar la semilla cristiana, apenándose porque no abarcaba todo lo que hubiera querido.

Tellechea supo asomarse sigilosamente al lugar donde estaba Francisco de Javier, lejos de su tierra, de sus hermanos, soportando a veces la carga de vivir sin ver a Dios, viajero incansable, agotado, y con peligro de su vida en tantas ocasiones, pero “con mucha consolación interior” de saber y obrar según la voluntad suprema. En la audacia de Francisco, Tellechea vio al hombre ciegamente providencialista, porque aún, conociendo los peligros de sus destinos, no los rehuyó. Él fue la avanzadilla de los pocos jesuitas en la

106. J.I. Tellechea Idígoras (2006): *Los sueños de Francisco de Javier*, Salamanca, Edic. Sígueme, p. 16.

107. Carta de Francisco de Javier, desde Goa, a Ignacio de Loyola. J.I. Tellechea Idígoras (2006): *Los sueños*, pp. 97-8.

India, para otear el horizonte de nuevos lugares de apostolado. Pero qué lejos estaba de ser un aventurero. El autor de *Los sueños de Francisco de Javier*, quiso desterrar esta imagen, tantas veces repetida: “El Padre Francisco no era un explorador y menos un comerciante, ávido de nuevas noticias; era un misionero”¹⁰⁸.

Con la correspondencia de Francisco de Javier, Tellechea fue tejiendo la urdimbre del quehacer de aquel misionero, acompañado por las nuevas cristiandades, pero no pocas veces sólo y lejos de sus hermanos. De los saberes y de los libros de la Sorbona, Francisco de Javier había pasado a vivir entregado a los hombres. Los “libros vivos”, escribía Tellechea, son los hombres y Francisco así lo entendió. Era un misionero de la experiencia, abierto a la compleja realidad que le tocó vivir, utilizando como arma la conversación “con rostro alegre, no avergonzado ni severo”¹⁰⁹.

En las últimas páginas de su biografía, Tellechea fue destacando algunas de las notas que definen a este santo, quizá, las que más llamaron su atención. Y, ciertamente, las frases que le dedica, lejos de la prosa rebuscada,



Entrega del Premio Manuel Lekuona de Eusko Ikaskuntza 2001 (Donostia, 11.04.2002). José Ignacio Tellechea, Román Sudupe, Juan José Goiriena de Gandarias, Joseba Goñi (Foto: Eusko Ikaskuntza).

108. J.I. Tellechea Idígoras (2006): *Los sueños*, p. 125.

109. J.I. Tellechea Idígoras (2006): *Los sueños*. Un consejo que él practicó de modo inimitable, p. 143.

son concisas y profundas, al igual que lo fue Francisco de Javier. El Padre Francisco fue un insobornable buscador de la gloria de Dios, sin mezcla de vanagloria alguna¹¹⁰. La Compañía de Jesús, a la que amó apasionadamente fue la compañía del amor. Tuvo prisa en su quehacer, fue *el divino impaciente*, como fue calificado en alguna obra literaria más cercana a nuestros días. Fue el artífice de los fundamentos cristianos en aquellas comunidades. Y sobre todo, subraya Tellechea, tuvo una ilimitada confianza en Dios, él, que se sintió tantas veces desprovisto de apoyo humano.

Soñó con ir a China, y murió a sus puertas, soñando que podría alcanzarla, aunque, posiblemente, como indica Tellechea, sintió que era inalcanzable, que era la voluntad divina y se rindió a ella. Las notas que incluye Tellechea para contarnos ese último momento son fruto de los sentimientos que le inspiró aquel gran santo que fue Francisco de Javier, el Padre Francisco como le llamaban, y a quien, un día desde la UVI, imploró su protección. Hay por lo tanto una complicidad entre el santo y su biógrafo que va más allá del texto. El día tres de diciembre de 1552, moría “abandonado de los hombres, pero abandonándose en Dios (...) enamorado de Jesús y fiel servidor suyo. Era el tránsito del cero del fracaso al infinito de la posesión de Dios y al encuentro tan deseado”¹¹¹.

6. ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

En este repaso de la labor escrita de Tellechea, polifacético en su actividad y en su obra, hay sin embargo dos notas que fueron el eje de su vida: su carácter de sacerdote y su pasión por la investigación histórica. No voy a pretender demostrar su rigor, hartó conocido a lo largo de su trabajo escrito. Es mejor dejar hablar al propio José Ignacio, a través de sus libros y artículos.

Tellechea eligió para su más representativa tarea escrita, unos personajes apasionados y apasionantes. Los cuatro que hemos citado arriba (Carranza, Larremendi, Ignacio de Loyola y Francisco de Javier), fueron todos religiosos, dos guipuzcoanos y dos navarros (Tellechea era nacido en San Sebastián, aunque con raíces familiares en Ituren, Navarra) y además, los dos últimos fueron santos.

Rescató a Carranza de la condena de la Inquisición, restituyó el buen nombre del dominico navarro, y cuando hace poco más de cuatro años debió hablar del personaje en la Real Academia de la Historia, advirtió, desde la autoridad del conocimiento: “nadie debe atreverse a pronunciar un juicio sobre la doctrina de Carranza sin haber leído previamente las obras de teólogo” del que aseguraba que no fue un hereje¹¹². En su larga obra, dejó plasmados algunos

110. J.I. Tellechea Idígoras (2006): *Los sueños*, p. 185.

111. J.I. Tellechea Idígoras (2006): *Los sueños*, p. 209.

112. Pérez Ollo (2008), pp. 517-8.

rasgos del ser humano que había detrás del dominico, aunque Tellechea no abordara su biografía como tal. En 1976, el ayuntamiento de Miranda de Arga, localidad natal de Carranza descubría un busto con motivo del IV centenario de su muerte; y, en 2003-4, se conmemoraba el V centenario de su nacimiento. Tellechea fue un invitado especial en cuantos actos se celebraron, en reconocimiento a su labor¹¹³, y además, fue nombrado su hijo adoptivo.

Con Larramendi, recuperó al jesuita conocedor del vascuence, de las tradiciones e instituciones del País, de su Guipúzcoa natal. Y definió al hombre recio que había en Larramendi, un personaje polifacético, con una sólida formación teológica. Un Larramendi despierto, lúcido y brillante, al que diversas circunstancias le llevaron a Bayona como confesor de la reina viuda del último Austria, Mariana de Neoburgo. Allí tuvo ocasión de conocer los ambientes cortesanos y también el jansenismo y el galicanismo. Desengañado y con una gran experiencia, pudo escoger el lugar de retiro, Loyola. Aislado en parte del mundo que le había rodeado, escribió los textos más fecundos de su obra. “El imposible vencido”, título de su gramática vasca, era, a decir de Tellechea, el reflejo de su propia personalidad. Y de nuevo, Tellechea, al hilo de la edición de sus obras, nos va descubriendo el rostro humano, a quien no le prodigaron honores por su magna labor en el conocimiento de la cultura vasca. Hubo de esperar años y aún siglos. Por su parte, a José Ignacio Tellechea, sí le llegó el reconocimiento a su obra, ya que recibió la medalla de oro de Andoain, villa natal de Larramendi.

Por fin, en 1986, salía a la luz *Sólo y a pie*, el libro sobre San Ignacio de Loyola, su obra más conocida¹¹⁴. El planteamiento escapaba a la erudición de las citas a pie de página, aunque su contenido era riguroso. Tampoco era una biografía al uso, porque el personaje biografiado era *sentido* por el autor. Sabíamos que Tellechea hacía honor a su santo patrono. Pero, la sintonía y complicidad con Ignacio de Loyola en *Sólo y a pie*, le hicieron más ignaciano. Con Ignacio de Loyola, Tellechea recorrió, como un observador mudo, el peregrinaje del primero. Y casi de puntillas, se asomó al Ignacio convertido, flexible, corto en palabras pero largo en hechos. Con él meditó una y varias veces, los textos de los *Ejercicios*. Y hasta con él sintió la soledad de las últimas horas del santo, en las que ni siquiera llegó a tiempo la bendición papal.

Con Francisco de Javier, debió cumplir una promesa. Y de nuevo, prefirió mostrar al misionero, al incansable predicador de la fe, antes que perderse en disquisiciones de los lugares y personajes que fueron testigos de la obra del jesuita navarro. De forma sencilla, pero sin perder el rigor histórico, Tellechea siguió los periplos de Francisco de Javier, dejando que hablara el santo, que

113. J.J. Virto Ibáñez (2005): “Bartolomé Carranza de Miranda. Un navarro arzobispo de Toledo”, número monográfico, *Panorama*, nº 36.

114. Aunque *Sólo y a pie* se publicó en 1986, la obra estaba prácticamente acabada el 4 de julio de 1980. El paréntesis entre ambas fechas, según nos aclara el propio Tellechea, fue debido a una larga dolencia que padeció el autor e retrasó su publicación.

nos contara sus vivencias, inquietudes y que nos descubriera su gran fe en la providencia, a través de su correspondencia y de quienes le acompañaron.

Con estos testimonios y con su obra, cabe decir que además del historiador de la Iglesia, del riguroso investigador que hubo en José Ignacio, conocimos también al sacerdote que supo valorar y saborear la obra de Dios en sus personajes históricos más queridos.

Montserrat Gárate Ojanguren